

CÓMO CAMBIAR EL CURSO DE LA HISTORIA HUMANA (al menos, la parte que ya pasó)

David Graeber y David Wengrow



Sitio de entierro del Paleolítico superior en Sungir, Russia

Excavaciones en Göbekli Tepe, Turquía.



Obra de arte de Banksy (título desconocido)

Original en inglés, publicado por primera vez en Eurozine (2-3-2018):

<https://www.eurozine.com/change-course-human-history/>

(Eurozine es una revista en línea y una red europea que vincula a más de 90 revistas culturales y asociados en 35 países)

La historia que nos hemos estado contando sobre nuestros orígenes es incorrecta y perpetúa la idea de la inevitable desigualdad social. David Graeber y David Wengrow preguntan por qué el mito de la “revolución agrícola” sigue siendo tan persistente y argumentan que hay mucho más que podemos aprender de nuestros antepasados.

1. En el principio era la palabra

Durante siglos, nos hemos estado contando una historia simple sobre los orígenes de la desigualdad social: “durante la mayor parte de su historia, los humanos vivieron en pequeñas bandas igualitarias de cazadores-recolectores. Luego vino la agricultura, que trajo consigo la propiedad privada, y luego el surgimiento de las ciudades que significó el surgimiento de la civilización propiamente dicha. La civilización significó muchas cosas malas (guerras, impuestos, burocracia, patriarcado, esclavitud...) pero también hizo posible la literatura escrita, la ciencia, la filosofía y muchos otros grandes logros humanos”.

Casi todo el mundo conoce esta historia en sus líneas generales. Desde al menos los días de Jean-Jacques Rousseau ha enmarcado lo que creemos que es la forma y dirección general de la historia humana. Esto es importante porque la narrativa también define nuestro sentido de posibilidad política. La mayoría ve la civilización, y por lo tanto la desigualdad, como una trágica necesidad. Algunos sueñan con volver a una utopía pasada, con encontrar un equivalente industrial al “comunismo primitivo”, o incluso, en casos extremos, con destruirlo todo y volver a ser recolectores. Pero nadie cuestiona la estructura básica de la historia.

Hay un problema fundamental con esta narrativa: no es verdad. La evidencia abrumadora de la arqueología, la antropología y disciplinas

afines está comenzando a darnos una idea bastante clara de cómo fueron realmente los últimos 40.000 años de la historia humana, y casi no se parece en nada a la narrativa convencional. Nuestra especie, de hecho, no pasó la mayor parte de su historia en pequeños grupos; la agricultura no marcó un umbral irreversible en la evolución social; las primeras ciudades eran a menudo sólidamente igualitarias. Aún así, incluso cuando los investigadores han llegado gradualmente a un consenso sobre tales preguntas, siguen siendo extrañamente reacios a anunciar sus hallazgos al público, o incluso a los académicos de otras disciplinas, y mucho menos a reflexionar sobre las implicaciones políticas más amplias.

Simplemente formular la pregunta de esta manera significa hacer una serie de suposiciones, que 1. que hay algo llamado "desigualdad", 2. que es un problema, y 3. que hubo un tiempo en que no existía. Desde la crisis financiera de 2008 y las convulsiones posteriores, el "problema de la desigualdad social" ha estado en el centro del debate político. Parece haber un consenso, entre las clases intelectuales y políticas, de que los niveles de desigualdad social se han disparado fuera de control, y que la mayoría de los problemas del mundo resultan de esto, de una forma u otra. Señalar esto se ve como un desafío para las estructuras de poder global, pero compárese esto con la forma en que se podrían haber discutido problemas similares una generación antes. A diferencia de términos como "capital" o "poder de clase", la palabra "igualdad" está diseñada prácticamente para llevar a medias tintas y compromisos. Uno puede imaginarse derrocando el capitalismo o rompiendo el poder del Estado, pero es muy difícil imaginar eliminar la "desigualdad". De hecho, no es obvio lo que significaría hacerlo, ya que las personas no son todas iguales y nadie en particular querría que lo fueran.

La “desigualdad” es una forma apropiada de enmarcar los problemas sociales para los reformadores tecnocráticos, el tipo de personas que asumen desde el principio que cualquier visión real de transformación social hace mucho tiempo que ha sido eliminada de la mesa política. Permite jugar con los números, discutir sobre los coeficientes de Gini y los umbrales de disfunción, reajustar los regímenes fiscales o los mecanismos de bienestar social, incluso sorprender al público con cifras que muestran lo mal que se han puesto las cosas (“¿te imaginas? El 0,1% de la población mundial controla más del 50% de la riqueza!”), todo ello sin abordar ninguno de los factores que la gente realmente objeta acerca de arreglos sociales tan “desiguales”: por ejemplo, que algunos logran convertir su riqueza en poder sobre otros; o que a otras personas se les termine diciendo que sus necesidades no son importantes y que sus vidas no tienen un valor intrínseco. Esto último, que se supone debemos creer, es solo el efecto inevitable de la desigualdad, y la desigualdad el resultado inevitable de vivir en cualquier sociedad grande, compleja, urbana y tecnológicamente sofisticada. Ese es el verdadero mensaje político que transmiten las interminables invocaciones de una edad imaginaria de la inocencia, antes de la invención de la desigualdad: que si queremos deshacernos de tales problemas por completo, tendríamos que deshacernos de alguna manera del 99,9% de la población de la Tierra y volver a ser pequeños grupos de recolectores de nuevo. De lo contrario, lo mejor que podemos esperar es ajustar el tamaño de la bota que nos pisará la cara, para siempre, o tal vez disputar un poco más de margen de maniobra en el que algunos de nosotros podamos, al menos temporalmente, apartarnos de su camino.

La corriente principal de la ciencia social ahora parece movilizada para reforzar este sentido de desesperanza. Casi todos los meses nos enfrentamos a publicaciones que tratan de proyectar la obsesión actual por la distribución de la propiedad en la Edad de Piedra, lo que nos lleva a una falsa búsqueda de "sociedades igualitarias" definidas de tal manera que no podrían existir fuera de unas minúsculas bandas de recolectores (y posiblemente, ni siquiera entonces). Entonces, lo que vamos a hacer en este ensayo son dos cosas. Primero, dedicaremos un poco de tiempo a seleccionar lo que pasa por una opinión informada sobre tales asuntos, para revelar cómo se juega el juego, cómo incluso los eruditos contemporáneos aparentemente más sofisticados terminan reproduciendo la sabiduría convencional tal como estaba en Francia o Escocia en, digamos, 1.760. Entonces intentaremos sentar las bases iniciales de una narrativa completamente diferente. Este es principalmente un trabajo de limpieza del suelo. Las preguntas con las que nos enfrentamos son tan enormes y los problemas tan importantes que llevará años de investigación y debate comenzar a comprender todas las implicaciones. Pero en una cosa insistimos. Abandonar la historia de una caída de la inocencia primordial no significa abandonar los sueños de emancipación humana, es decir, de una sociedad en la que nadie pueda convertir sus derechos de propiedad en un medio para esclavizar a los demás, y en la que a nadie se le pueda contar que su vida y necesidades no importan. De lo contrario, la historia humana se convierte en un lugar mucho más interesante, que contiene muchos más momentos esperanzadores de los que nos han hecho imaginar, una vez que aprendemos a deshacernos de nuestros grilletes conceptuales y percibir lo que realmente hay allí;

los temas son tan importantes que llevará años de investigación y debate comenzar a comprender todas las implicaciones.

2. Autores contemporáneos sobre los orígenes de la desigualdad social; o el eterno retorno de Jean-Jacques Rousseau

Comencemos por esbozar la sabiduría recibida sobre el curso general de la historia humana. Va de algo como ésto:

A medida que se levanta el telón de la historia humana, digamos hace aproximadamente doscientos mil años, con la aparición del *Homo sapiens anatómicamente moderno*, encontramos a nuestra especie viviendo en bandas pequeñas y nómadas que van de veinte a cuarenta individuos. Buscan territorios óptimos de caza y alimentación, siguiendo manadas, recolectando nueces y bayas. Si los recursos escasean o surgen tensiones sociales, responden moviéndose y yendo a otro lugar. Podemos pensar la vida de estos primeros humanos como la infancia de la humanidad, está llena de peligros, pero también de posibilidades. Las posesiones materiales son pocas, pero el mundo es un lugar intacto y acogedor. La mayoría trabaja solo unas pocas horas al día y el pequeño tamaño de los grupos sociales les permite mantener una especie de camaradería tranquila, sin estructuras formales de dominación. Rousseau, escribiendo en el siglo XVIII, se refirió a ésto como “el estado de la Naturaleza”, pero hoy en día se supone que ha abarcado la mayor parte de la historia real de nuestra especie. También se supone que fue la única era en la que los humanos lograron vivir en sociedades genuinas de iguales, sin clases, castas, líderes hereditarios o gobierno centralizado.

Por desgracia, este feliz estado de cosas finalmente tuvo que terminar. Nuestra versión convencional de la historia mundial sitúa

este momento hace unos 10.000 años, al final de la última Edad de Hielo. En este punto, encontramos a nuestros actores humanos imaginarios dispersos por los continentes del mundo, comenzando a cultivar sus propios cultivos y criar sus propios rebaños. Cualesquiera que sean las razones locales (se debaten), los efectos son trascendentales y básicamente los mismos en todas partes. Los vínculos territoriales y la propiedad privada de la tierra se vuelven importantes formas antes desconocidas, y con ellos surgen las disputas esporádicas y la guerra. La agricultura otorga un excedente de alimentos, lo que permite a algunos acumular riqueza e influencia más allá de su grupo de parentesco inmediato. Otros usan su libertad en la búsqueda de alimentos para desarrollar nuevas habilidades, como la invención de armas, herramientas, vehículos y fortificaciones más sofisticados, o la creación de la política y la religión organizada. En consecuencia, estos “agricultores neolíticos” rápidamente toman la medida de sus vecinos cazadores-recolectores para hacer las cosas aún más difíciles, o eso dice la historia, la agricultura asegura un aumento global en los niveles de población. A medida que las personas se trasladan a concentraciones cada vez mayores, nuestros ancestros inconscientes dan otro paso irreversible hacia la desigualdad y, hace unos 6.000 años, aparecen las ciudades con lo que nuestro destino está sellado. Con las ciudades surge la necesidad de un gobierno centralizado. Nuevas clases de burócratas, sacerdotes y políticos-guerreros se instalan en cargos permanentes para mantener el orden y asegurar el flujo fluido de suministros y servicios públicos. Las mujeres, que alguna vez disfrutaron de roles prominentes en los asuntos humanos, son secuestradas o encarceladas en harenes. Los cautivos de guerra se reducen a esclavos. La desigualdad en toda regla ha llegado y no hay manera de

deshacerse de ella. Aun así, los narradores siempre nos aseguran que no todo es malo en el surgimiento de la civilización urbana, porque se inventa la escritura para llevar las cuentas del Estado, esto permite que se produzcan grandes avances en la ciencia, la tecnología y las artes. Al precio de la inocencia, nos convertimos nosotros mismos en “modernos”, y ahora podemos simplemente mirar con lástima y celos a esas pocas sociedades “tradicionales” o “primitivas” que de alguna manera perdieron el tren.

Esta es la historia que, como decimos, forma la base de todo debate contemporáneo sobre la desigualdad. Si, por ejemplo, un experto en relaciones internacionales, o un psicólogo clínico, desea reflexionar sobre estos asuntos, es probable que simplemente dé por sentado que, durante la mayor parte de la historia humana, vivimos en pequeños grupos igualitarios, o que el surgimiento de las ciudades también significaron el surgimiento del Estado. Lo mismo ocurre con los libros más recientes que intentan analizar el amplio espectro de la prehistoria para sacar conclusiones políticas relevantes para la vida contemporánea. Considérese *“Los orígenes del orden político: de los tiempos prehumanos a la revolución francesa”* de Francis Fukuyama: *“En sus primeras etapas, la organización política humana es similar a la sociedad a nivel de banda observada en primates superiores como los chimpancés. Esto puede considerarse como una forma predeterminada de organización social. ... Rousseau señaló que el origen de la desigualdad política estaba en el desarrollo de la agricultura, y en esto tenía razón en gran medida. Dado que las sociedades a nivel de banda son preagrícolas, no existe propiedad privada en ningún sentido moderno. Al igual que las bandas de chimpancés, los cazadores-recolectores habitan un rango territorial que protegen y, en ocasiones, luchan por él. Pero tienen menos incentivos que los agricultores para*

delimitar un terreno y decir "esto es mío". Si su territorio es invadido por otro grupo, o si es infiltrado por depredadores peligrosos, las sociedades a nivel de banda pueden tener la opción de simplemente mudarse a otro lugar debido a las bajas densidades de población".

Jared Diamond, en *"El mundo antes de ayer: ¿Qué podemos aprender de las sociedades tradicionales?"* sugiere que tales bandas (en las que cree que los humanos todavía vivían "hace tan solo 11.000 años") comprendían "solo unas pocas docenas de individuos", la mayoría relacionados biológicamente. Llevaban una existencia bastante precaria, 'cazando y recolectando cualquier especie de animal y planta salvaje que viviera en un acre de bosque' (nunca explica por qué solo en un acre). Y sus vidas sociales, según Diamond, eran envidiablemente sencillas. Las decisiones se tomaron a través de 'discusiones cara a cara'; había "pocas posesiones personales" y "ningún liderazgo político formal o fuerte especialización económica". Diamond concluye que, lamentablemente, es solo dentro de tales agrupaciones primordiales que los humanos han alcanzado alguna vez un grado significativo de igualdad social.

Para Diamond y Fukuyama, como para Rousseau algunos siglos antes, lo que puso fin a esa igualdad -en todas partes y para siempre- fue la invención de la agricultura y los mayores niveles de población que sustentó. La agricultura provocó una transición de 'bandas' a 'tribus'. La acumulación de excedentes de alimentos alimentó el crecimiento de la población, lo que llevó a algunas 'tribus' a convertirse en sociedades clasificadas, conocidas como 'jefaturas'. Fukuyama pinta una imagen casi bíblica, una salida del Edén: *"Como pequeños grupos de seres humanos migraron y se adaptaron a diferentes entornos, comenzaron su salida del estado de naturaleza*

mediante el desarrollo de nuevas instituciones sociales". Pelearon guerras por los recursos. Desgarbadas y pubescentes, estas sociedades se dirigían a problemas. Era hora de crecer, hora de nombrar un liderazgo adecuado. En poco tiempo, los jefes se habían declarado reyes, incluso emperadores. No tenía sentido resistirse. Todo ésto fue inevitable una vez que los humanos adoptaron formas de organización grandes y complejas. Incluso cuando los líderes comenzaron a actuar mal, aprovechando los excedentes agrícolas para promover a sus lacayos y parientes, haciendo que el estatus sea permanente y hereditario, recolectando cráneos de trofeo y harenes de esclavas, o arrancando los corazones de los rivales con cuchillos de obsidiana, no podía haber vuelta atrás". . 'Grandes poblaciones', opina Diamond, 'no pueden funcionar sin líderes que tomen las decisiones, ejecutivos que lleven a cabo las decisiones y burócratas que administren las decisiones y las leyes. ¡Ay de todos ustedes, lectores que son anarquistas y sueñan con vivir sin ningún gobierno estatal...!

Una conclusión deprimente, no solo para los anarquistas, sino para cualquiera que alguna vez se haya preguntado si podría haber alguna alternativa viable al statu quo. Pero lo notable es que, a pesar del tono presumido, tales pronunciamientos en realidad no se basan en ningún tipo de evidencia científica. No hay razón para creer que los grupos de pequeña escala sean especialmente propensos a ser igualitarios, o que los grandes deban tener necesariamente reyes, presidentes o burocracias. Estos son solo prejuicios expresados como hechos.

En el caso de Fukuyama y Diamond se puede, al menos, señalar que nunca fueron formados en las disciplinas pertinentes (el primero es politólogo, el otro tiene un doctorado en fisiología de la vesícula

biliar). Aun así, incluso cuando los antropólogos y los arqueólogos intentan narraciones de "panorama general", tienen una extraña tendencia a terminar con alguna variación menor o similar de Rousseau. En *"La creación de la desigualdad: Cómo nuestros antepasados prehistóricos sentaron las bases para la monarquía, la esclavitud y el imperio"*, Kent Flannery y Joyce Marcus, dos académicos eminentemente calificados, presentan unas quinientas páginas de estudios de casos etnográficos y arqueológicos para tratar de resolver el rompecabezas. Admiten que nuestros antepasados de la Edad del Hielo no estaban completamente familiarizados con las instituciones de jerarquía y servidumbre, pero insisten en que las experimentaron principalmente en sus tratos con lo sobrenatural (espíritus ancestrales y similares). La invención de la agricultura, proponen, condujo al surgimiento de 'clanes' o 'grupos de descendencia' demográficamente extendidos y, al hacerlo, el acceso a los espíritus y a los muertos se convirtió en una ruta hacia el poder terrenal (cómo, no se dice). Según Flannery y Marcus, el siguiente gran paso en el camino hacia la desigualdad se produjo cuando a ciertos miembros de un clan de talento o renombre inusuales (expertos curanderos, guerreros, y otros triunfadores) se les otorgó el derecho de transmitir estatus a sus descendientes, independientemente de los talentos o habilidades de estos últimos. Eso prácticamente sembró las semillas, y significó que a partir de entonces, era solo cuestión de tiempo antes de la llegada de las ciudades, la monarquía, la esclavitud y el imperio.

Lo curioso del libro de Flannery y Marcus es que solo con el nacimiento de los estados e imperios realmente aportan alguna evidencia arqueológica. Todos los momentos realmente claves en su relato de la *"creación de la desigualdad"* se basan en cambio en

descripciones relativamente recientes de recolectores, pastores y cultivadores a pequeña escala, como los hadza del Rift de África Oriental o los nambikwara de la selva amazónica. Los relatos de tales "sociedades tradicionales" se tratan como si fueran ventanas al pasado paleolítico o neolítico. El problema es que no son nada de eso. Los Hadza o Nambikwara no son fósiles vivientes. Han estado en contacto con estados e imperios agrarios, asaltantes y comerciantes durante milenios, y sus instituciones sociales se moldearon decisivamente a través de intentos de involucrarse con ellos o evitarlos. Sólo la arqueología puede decirnos qué, tienen en común con las sociedades prehistóricas. Entonces, mientras Flannery y Marcus brindan todo tipo de ideas interesantes sobre cómo las desigualdades *podrían* surgir en las sociedades humanas, nos dan pocas razones para creer que así fue como realmente lo *hicieron*.

Finalmente, consideremos "*Foragers, Farmers, and Fossil Fuels: How Human Values Evolve*" de Ian Morris. Morris persigue un proyecto intelectual ligeramente diferente: hacer que los hallazgos de la arqueología, la historia antigua y la antropología entren en diálogo con el trabajo de economistas, como Thomas Piketty, sobre las causas de la desigualdad en el mundo moderno. En *¿Qué se puede hacer? El 'tiempo profundo' de la historia humana*, nos informa Morris que tiene algo importante que decirnos sobre tales preguntas, pero solo si primero establecemos una medida uniforme de desigualdad aplicable a lo largo de todo su lapso. Esto lo logra traduciendo los 'valores' de los cazadores-recolectores de la Edad de Hielo y los agricultores del Neolítico en términos familiares para los economistas de hoy en día, y luego usándolos para establecer los coeficientes de Gini, o índices formales de desigualdad. En lugar de las desigualdades espirituales que destacan Flannery y Marcus,

Morris nos da una visión materialista sin disculpas, dividiendo la historia humana en las tres grandes 'F' de su título, dependiendo de cómo canalicen el calor. Todas las sociedades, sugiere, tienen un nivel 'óptimo' de desigualdad social -un 'nivel de burbuja' incorporado para usar el término de Picketty Wilkinson- que es apropiado para su modo predominante de extracción de energía.

En un artículo de 2015 para el *New York Times*, Morris en realidad nos da números, ingresos primordiales cuantificados en USD y fijos en valores de moneda de 1990. Él también asume que los cazadores-recolectores de la última Edad de Hielo vivían principalmente en pequeñas bandas móviles. Como resultado, consumían muy poco, el equivalente, sugiere, a alrededor de 1,10 dólares por día. En consecuencia, también disfrutaron de un coeficiente de Gini de alrededor de 0,25, es decir, lo más bajo que pueden llegar a ser tales tasas, ya que había poco excedente o capital para que cualquier aspirante a la élite pudiera prosperar. Las sociedades agrarias, y para Morris esto incluye todo, desde la aldea neolítica de Çatalhöyük de 9.000 años de antigüedad, hasta la China de Kublai Khan o la Francia de Luis XIV, eran más pobladas y estaban en mejores condiciones, con un consumo promedio de 1,50 y 2,20 dólares por día y persona, y una propensión a acumular excedentes de riqueza. Pero la mayoría de la gente también trabajaba más y en condiciones marcadamente inferiores, por lo que las sociedades agrícolas tendían a niveles mucho más altos de desigualdad.

Las sociedades basadas en combustibles fósiles realmente deberían haber cambiado todo eso, al liberarnos de la monotonía del trabajo manual y devolvernos a coeficientes de Gini más razonables, más cercanos a los de nuestros antepasados cazadores-recolectores, y

por un tiempo parecía que ésto estaba comenzando a suceder, pero por alguna extraña razón, que Morris no comprende completamente, las cosas se han invertido nuevamente y la riqueza vuelve a ser absorbida por una pequeña élite global:

Si los giros y vueltas de la historia económica durante los últimos 15.000 años y la voluntad popular sirven de guía, el nivel "correcto" de desigualdad de ingresos después de impuestos parece estar entre 0,25 y 0,35, y el de desigualdad de riqueza entre 0,70 y 0,80. . Muchos países están ahora en o por encima de los límites superiores de estos rangos, lo que sugiere que el Sr. Piketty tiene razón al prever problemas.

¡Algunos retoques tecnocráticos importantes están claramente en orden!

Dejemos a un lado las prescripciones de Morris y concentrémonos en una sola cifra: el ingreso paleolítico de 1,10 dólares al día. ¿De dónde viene exactamente? Presumiblemente, los cálculos tienen algo que ver con el valor calórico de la ingesta diaria de alimentos. Pero si estamos comparando ésto con los ingresos diarios de hoy, ¿no tendríamos que tener en cuenta todas las otras cosas que los recolectores paleolíticos obtuvieron gratis, pero que nosotros mismos esperaríamos pagar: seguridad gratuita, resolución de disputas gratuita, educación primaria gratuita, cuidado gratuito de ancianos, medicina gratis, sin mencionar los costos de entretenimiento, música, narración de cuentos y servicios religiosos? Incluso cuando se trata de alimentos, debemos tener en cuenta la calidad: después de todo, aquí estamos hablando de productos 100% orgánicos de granja, regados con agua de manantial natural de la más pura. Gran parte de los ingresos contemporáneos se destinan a hipotecas y alquileres. Pero tenga en cuenta las tarifas para acampar

en lugares paleolíticos privilegiados a lo largo del Dordoña o el Vézère, sin mencionar las clases nocturnas de alto nivel en pintura rupestre naturalista y talla de marfil, y todos esos abrigos de piel. Seguramente todo ésto debe costar mucho más de 1,10\$/día, incluso en dólares de 1.990. No en vano, Marshall Sahlins se refirió a los recolectores como "la sociedad próspera original". Tal vida hoy no sería barata.

Es cierto que todo ésto es un poco tonto, pero ese es nuestro punto: si uno reduce la historia mundial a los coeficientes de Gini, necesariamente seguirán cosas tontas. También deprimentes. Morris al menos siente que algo está torcido con los recientes aumentos galopantes de la desigualdad global. Por el contrario, el historiador Walter Scheidel ha llevado las lecturas de la historia humana al estilo de Piketty a su última y miserable conclusión en su libro de 2017 *"The Great Leveler: Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century"*, concluyendo que realmente no hay nada que podamos hacer sobre la desigualdad. La civilización invariablemente pone a cargo una pequeña élite que se lleva cada vez más del pastel. Lo único que ha tenido éxito alguna vez en desalojarlos es la catástrofe: guerra, peste, reclutamiento masivo, sufrimiento y muerte al por mayor. Las medias tintas nunca funcionan. Entonces, si no quieres volver a vivir en una cueva o morir en un holocausto nuclear (que presumiblemente también termina con los sobrevivientes viviendo en cuevas), tendrás que aceptar la existencia de Warren. Buffett y Bill Gates.

¿La alternativa liberal? Flannery y Marcus, quienes se identifican abiertamente con la tradición de Jean-Jacques Rousseau, finalizan su encuesta con la siguiente sugerencia útil:

Una vez abordamos este tema con Scotty MacNeish, un arqueólogo que había pasado 40 años estudiando la evolución social. ¿Cómo, nos preguntábamos, podría hacerse más igualitaria la sociedad? Después de consultar brevemente a su viejo amigo Jack Daniels, MacNeish respondió: 'Ponga a los cazadores y recolectores a cargo'.

3. Pero, ¿realmente corrimos precipitadamente hacia nuestras cadenas?

Lo realmente extraño de estas evocaciones interminables del estado de naturaleza inocente de Rousseau, y la caída en desgracia, es que el propio Rousseau nunca afirmó que el estado de naturaleza realmente sucedió. Todo fue un experimento mental. En su "*Discurso sobre el origen y la base de la desigualdad entre la humanidad*" (1754), donde se origina la mayor parte de la historia que hemos estado contando (y volviendo a contar), escribió:

... las investigaciones, en las que podemos participar en esta ocasión, no deben tomarse como verdades históricas, sino simplemente como razonamientos hipotéticos y condicionales, más adecuados para ilustrar la naturaleza de las cosas que para mostrar su verdadero origen.

El "*Estado de naturaleza*" de Rousseau nunca fue pensado como una etapa de desarrollo. No se suponía que fuera un equivalente a la fase de "salvajismo" que abre los esquemas evolutivos de filósofos escoceses como Adam Smith, Ferguson, Millar, o más tarde, Lewis Henry Morgan. Estos otros estaban interesados en definir niveles de desarrollo social y moral correspondientes a cambios históricos en los modos de producción: forrajeo, pastoreo, agricultura, industria. Lo que presentó Rousseau es, por el contrario, más una parábola. Como lo enfatizó Judith Shklar, la renombrada teórica política de

Harvard, Rousseau realmente estaba tratando de explorar lo que él consideraba la paradoja fundamental de la política humana: que nuestro impulso innato por la libertad de alguna manera nos lleva, una y otra vez, a una *"marcha espontánea hacia la desigualdad"*. . En las propias palabras de Rousseau: *"Todos corrieron precipitadamente por sus cadenas en la creencia de que estaban asegurando su libertad; pues aunque tenían razón suficiente para ver las ventajas de las instituciones políticas, no tenían la experiencia suficiente para prever los peligros"*. El estado imaginario de la naturaleza es solo una forma de ilustrar esta cuestión.

Rousseau no era un fatalista. Lo que los humanos hacen, creía que lo podían deshacer. Podríamos liberarnos de las cadenas; simplemente no iba a ser fácil. Shklar sugiere que la tensión entre "posibilidad y probabilidad" (la posibilidad de la emancipación humana, la probabilidad de que todos nos volvamos a colocar en alguna forma de servidumbre voluntaria de nuevo), fue la fuerza central de los escritos de Rousseau sobre la desigualdad. Todo esto puede parecer un poco irónico, ya que después de la Revolución Francesa, muchos críticos conservadores responsabilizaron personalmente a Rousseau por la guillotina. Lo que trajo el Terror, insistieron, fue precisamente su fe ingenua en la bondad innata de la humanidad, y su creencia de que los intelectuales podrían simplemente imaginar un orden social más igualitario y luego imponerlo por la *"voluntad general"*. Pero muy pocas de esas figuras ahora ridiculizadas como románticas y utópicas eran realmente tan ingenuas. Karl Marx, por ejemplo, sostenía que lo que nos hace humanos es nuestro poder de reflexión imaginativa (a diferencia de las abejas, imaginamos las casas en las que nos gustaría vivir, y solo entonces nos ponemos a construirlas), pero también creía que uno podría simplemente proceder de la misma

manera con la sociedad, y tratar de imponer un modelo de arquitecto. Hacerlo sería cometer el pecado del "*socialismo utópico*", por el que Marx no sentía más que desprecio. En cambio, los revolucionarios tenían que tener una idea de las fuerzas estructurales más grandes que dieron forma al curso de la historia mundial y aprovechar las contradicciones subyacentes: por ejemplo, el hecho de que los dueños de las fábricas individuales necesitan endurecer a sus trabajadores para competir, pero si todos tienen demasiado éxito en hacerlo, nadie podrá permitirse lo que producen sus fábricas. Sin embargo, tal es el poder de dos mil años de escritura, que incluso cuando los realistas empedernidos comienzan a hablar sobre la vasta extensión de la historia humana, recurren a alguna variación del Jardín del Edén: la Caída de la Gracia (por lo general, como en el Génesis, debido a una imprudente búsqueda del Conocimiento) y la posibilidad de la Redención futura. Los partidos políticos marxistas desarrollaron rápidamente su propia versión de la historia, fusionando el Estado de la naturaleza de Rousseau y la idea de la Ilustración escocesa de las etapas de desarrollo. El resultado fue una fórmula para la historia mundial que comenzó con el "comunismo primitivo" original, superado por los albores de la propiedad privada, pero algún día destinado a regresar.

Debemos concluir que los revolucionarios, a pesar de todos sus ideales visionarios, no han tendido a ser particularmente imaginativos, especialmente cuando se trata de vincular pasado, presente y futuro. Todos siguen contando la misma historia. Probablemente no sea una coincidencia que hoy en día, los movimientos revolucionarios más vitales y creativos en los albores de este nuevo milenio (los zapatistas de Chiapas y los kurdos de Rojava son solo los ejemplos más obvios) son aquellos que se arraigan

simultáneamente en un pasado tradicional profundo. En lugar de imaginar una utopía primordial, pueden recurrir a una narrativa más mixta y complicada. De hecho, parece haber un reconocimiento cada vez mayor, en los círculos revolucionarios, de que la libertad, la tradición y la imaginación siempre han estado y siempre estarán enredadas en formas que no entendemos por completo. Ya es hora de que el resto de nosotros nos pongamos al día.

4. Cómo puede cambiar ahora el curso de la historia (pasada)

Entonces, ¿qué nos ha enseñado realmente la investigación arqueológica y antropológica desde la época de Rousseau?

Bueno, lo primero es que preguntar sobre los “orígenes de la desigualdad social” es, probablemente, el lugar equivocado para comenzar. Ciertamente que antes del comienzo de lo que se llama el Paleolítico Superior, realmente no tenemos idea de cómo era la vida social de la mayoría de los humanos. Gran parte de nuestra evidencia comprende fragmentos dispersos de piedra trabajada, hueso y algunos otros materiales duraderos. Coexistieron diferentes especies de homínidos; no está claro si se podría aplicar alguna analogía etnográfica. Las cosas solo comienzan a enfocarse en el Paleolítico Superior en sí, que comienza hace unos 45.000 años y abarca el pico de la glaciación y el enfriamiento global (hace unos 20.000 años) conocido como el Último Máximo Glacial. Esta última gran Edad de Hielo fue seguida por el inicio de condiciones más cálidas y el retroceso gradual de las capas de hielo, lo que condujo a nuestra época geológica actual, el Holoceno. *El Homo sapiens*, que ya había colonizado gran parte del Viejo Mundo, completó su marcha hacia el Nuevo, llegando a las costas del sur de las Américas hace unos 15.000 años.

Entonces, ¿qué sabemos realmente sobre este período de la historia humana? Gran parte de la evidencia sustancial más antigua de la organización social humana en el Paleolítico se deriva de Europa, donde nuestra especie se estableció junto con el *Homo neanderthalensis*, antes de la extinción de este último, alrededor de hace 40.000 años (la concentración de datos en esta parte del mundo muy probablemente refleja un sesgo histórico de la investigación arqueológica, en lugar de algo inusual sobre la propia Europa). En ese momento y durante el Último Máximo Glacial, las partes habitables de la Edad de Hielo en Europa se parecían más al Parque Serengeti en Tanzania que a cualquier hábitat europeo actual. Al sur de las capas de hielo, entre la tundra y las costas boscosas del Mediterráneo, el continente estaba dividido en estepas y valles ricos en caza, atravesados estacionalmente por manadas migratorias de ciervos, bisontes y mamuts lanudos. Los prehistoriadores han señalado durante algunas décadas, con escaso efecto aparente, que los grupos humanos que habitaban estos entornos no tenían nada en común con esas maravillosamente simples e igualitarias bandas de cazadores-recolectores.

Para empezar, está la indiscutible existencia de ricos entierros, que se remontan a las profundidades de la Edad del Hielo. Algunas de ellas, como las tumbas de Sungir, al este de Moscú, de 25.000 años de antigüedad, se conocen desde hace muchas décadas y son justamente famosas. Felipe Fernández-Armesto, quien reseñó *Creation of Inequality* para *The Wall Street Journal*, expresa su asombro razonable por su omisión: *“Aunque saben que el principio hereditario es anterior a la agricultura, el Sr. Flannery y la Sra. Marcus no pueden deshacerse por completo de la ilusión rousseauiana de que comenzó con una vida sedentaria. Por lo tanto, describen un mundo sin*

poder heredado hasta, aproximadamente el 15.000 aC, mientras ignoran uno de los sitios arqueológicos más importantes para su propósito". Porque excavada en el permafrost debajo del asentamiento paleolítico en Sungir estaba la tumba de un hombre de mediana edad enterrado, como observa Fernández-Armesto, con 'impresionantes signos de honor: brazaletes de marfil de mamut pulido, una diadema o gorra de dientes de zorro, y cerca de 3.000 cuentas de marfil laboriosamente talladas y pulidas'. Y a unos metros de distancia, en una tumba idéntica, 'yacen dos niños, de unos 10 y 13 años respectivamente, adornados con obsequios funerarios comparables. Tales hallazgos parecen no tener un lugar significativo en ninguno de los libros considerados hasta ahora. Minimizarlos, o reducirlos a notas al pie, podría ser más fácil de perdonar si Sungir fuera un hallazgo aislado. No lo es. Actualmente se atestiguan entierros comparablemente ricos en refugios rocosos y asentamientos al aire libre del Paleolítico superior en gran parte de Eurasia occidental, desde el Don hasta Dordoña. Entre ellos encontramos, por ejemplo, la 'Dama de Saint-Germain-la-Rivière' de 16.000 años de antigüedad, adornada con adornos hechos con los dientes de jóvenes ciervos cazados a 300 km de distancia, en el País Vasco español; y los entierros de la costa de Liguria, tan antiguos como Sungir, incluido 'Il Principe', un joven cuyas insignias incluían un cetro de pedernal exótico, bastones de asta de alce y un tocado adornado de conchas perforadas y dientes de ciervo. Tales hallazgos plantean estimulantes desafíos de interpretación. ¿Tiene razón Fernández-Armesto al decir que estas son pruebas de 'poder heredado'? ¿Cuál era el estatus de tales individuos en la vida?

No menos intrigante es la evidencia esporádica pero convincente de arquitectura monumental, que se remonta al Último Máximo Glacial.

La idea de que uno podría medir la "monumentalidad" en términos absolutos es, por supuesto, tan tonta como la idea de cuantificar los gastos de la Edad de Hielo en dólares y centavos. Es un concepto relativo, que sólo tiene sentido dentro de una determinada escala de valores y experiencias previas. El Pleistoceno no tiene equivalentes directos en escala a las Pirámides de Giza o al Coliseo Romano. Pero sí tiene edificios que, según los estándares de la época, solo podrían haber sido considerados obras públicas, lo que implica un diseño sofisticado y la coordinación del trabajo a una escala impresionante. Entre ellos se encuentran las sorprendentes 'casas de mamut', construidas con pieles estiradas sobre un marco de colmillos, ejemplos de los cuales datan de alrededor de 15.000 años.

Aún más asombrosos son los templos de piedra de Göbekli Tepe, excavados hace más de veinte años en la frontera entre Turquía y Siria, y que aún son objeto de un vociferante debate científico. Datan de hace unos 11.000 años, al final de la última Edad de Hielo, y comprenden al menos veinte recintos megalíticos elevados por encima de los flancos ahora yermos de la llanura de Harran. Cada uno estaba formado por pilares de piedra caliza de más de 5 m de altura y con un peso de hasta una tonelada (respetable según los estándares de Stonehenge, y unos 6.000 años antes). Casi todos los pilares de Göbekli Tepe son una notable obra de arte, con tallas en relieve de animales amenazadores que se proyectan desde la superficie, mostrando con fiereza sus genitales masculinos. Rapaces esculpidas aparecen en combinación con imágenes de cabezas humanas cortadas. Las tallas dan fe de las habilidades escultóricas, sin duda pulida en el medio más flexible de la madera (ampliamente disponible en las estribaciones de las montañas Tauro), antes de ser aplicado al lecho de roca del Harran. Curiosamente, y a pesar de su

tamaño, cada una de estas estructuras masivas tuvo una vida útil relativamente corta, que terminó con una gran fiesta y el rápido relleno de sus paredes: jerarquías elevadas al cielo, solo para ser rápidamente derribadas nuevamente. Y los protagonistas de este espectáculo prehistórico de fiesta, construcción y destrucción eran, hasta donde sabemos, cazadores-recolectores que vivían únicamente de recursos salvajes.

Entonces, ¿qué vamos a hacer con todo esto? Una respuesta académica ha sido abandonar por completo la idea de una Edad de Oro igualitaria y concluir que el interés propio racional y la acumulación de poder son las fuerzas perdurables detrás del desarrollo social humano. Pero esto tampoco funciona realmente. La evidencia de la desigualdad institucional en las sociedades de la Edad del Hielo, ya sea en forma de grandes entierros o edificios monumentales, no es más que esporádica. Los entierros aparecen literalmente con siglos de diferencia y, a menudo, con cientos de kilómetros de distancia. Incluso si atribuimos esto a la fragmentación de la evidencia, todavía tenemos que preguntarnos por qué la evidencia es tan fragmentaria: después de todo, si alguno de estos 'príncipes' de la Edad de Hielo se hubiera comportado como, digamos, príncipes de la Edad de Bronce, también encontraríamos fortificaciones, almacenes, palacios, todos los adornos habituales de los Estados emergentes. En cambio, durante decenas de miles de años, vemos monumentos y entierros magníficos, pero poco más que indique el crecimiento de sociedades clasificadas. Luego hay otros factores aún más extraños, como el hecho de que la mayoría de los entierros 'principescos' consisten en individuos con llamativas anomalías físicas, que hoy serían considerados gigantes, jorobados o enanos.

Una mirada más amplia a la evidencia arqueológica sugiere una clave para resolver el dilema. Se encuentra en los ritmos estacionales de la vida social prehistórica. La mayoría de los yacimientos paleolíticos discutidos hasta ahora están asociados con evidencia de períodos anuales o bienales de agregación, vinculados a las migraciones de manadas de animales de caza, ya sean mamuts lanudos, bisontes esteparios, renos o gacelas (en el caso de Göbekli Tepe), así como corridas cíclicas de peces y cosechas de nueces. En épocas menos favorables del año, al menos algunos de nuestros antepasados de la Edad de Hielo sin duda que realmente vivían y se alimentaban en pequeños grupos. Pero hay evidencia abrumadora que muestra que en otros se congregaron *en masa*, dentro del tipo de 'micro-ciudades' que se encuentran en Dolní Věstonice, en la cuenca de Moravia al sur de Brno, festejando con una superabundancia de recursos silvestres, participando en rituales complejos, empresas artísticas ambiciosas y comerciando con minerales, conchas marinas y pieles de animales, sobre distancias sorprendentes. Los equivalentes en Europa occidental de estos sitios de agregación estacional serían los grandes abrigos rocosos del Périgord francés y la costa cantábrica, con sus famosas pinturas y tallas, que de manera similar formaban parte de una ronda anual de congregación y dispersión.

Tales patrones estacionales de la vida social perduraron, mucho después de lo que se supone fue la "invención de la agricultura que lo cambió todo". Nueva evidencia muestra que las alternancias de este tipo pueden ser clave para comprender los famosos monumentos neolíticos de la llanura de Salisbury, y no solo en términos de simbolismo calendárico. Resulta que Stonehenge fue solo la última de una larga secuencia de estructuras rituales, erigidas tanto en madera como en piedra, cuando la gente convergía en la

llanura desde rincones remotos de las Islas Británicas, en épocas significativas del año. Una cuidadosa excavación ha demostrado que muchas de estas estructuras, ahora plausiblemente interpretadas como monumentos a los progenitores de poderosas dinastías neolíticas, fueron desmanteladas solo unas pocas generaciones después de su construcción.

Aún más sorprendentemente, esta práctica de erigir y desmantelar grandes monumentos coincide con un período en el que los pueblos de Gran Bretaña, después de haber adoptado la economía agrícola neolítica de la Europa continental, parecen haberle dado la espalda al menos a un aspecto crucial de ella, abandonando el cultivo de cereales y revirtiendo, en torno a 3.300 aC - a la recolección de avellanas como fuente de alimento básico. Manteniendo sus rebaños de ganado, con los que se daban un festín estacional en las cercanas murallas de Durrington, es probable que los constructores de Stonehenge no fueran recolectores, ni granjeros, sino algo intermedio. Y si algo parecido a una corte real dominaba en la temporada festiva, cuando se reunían en gran número, solo podía haberse disuelto durante la mayor parte del año, cuando las mismas personas se dispersaban por toda la isla. Habiendo adoptado la economía agrícola neolítica de la Europa continental, parecen haberle dado la espalda a al menos un aspecto crucial de ella. Y si algo parecido a una corte real dominaba en la temporada festiva, cuando se reunían en gran número, solo podía haberse disuelto durante la mayor parte del año, cuando las mismas personas se dispersaban por toda la isla.

¿Por qué son importantes estas variaciones estacionales? Porque revelan que desde el principio, los seres humanos estaban

experimentando conscientemente con diferentes posibilidades sociales. Los antropólogos describen sociedades de este tipo como poseedoras de una "morfología doble". Marcel Mauss, escribiendo a principios del siglo XX, observó que los *inuit* circumpolares, 'y también muchas otras sociedades. . . tienen dos estructuras sociales, una en verano y otra en invierno, y que en paralelo tienen dos sistemas de ley y religión'. En los meses de verano, los *inuit* se dispersaron en pequeñas bandas patriarcales en busca de peces de agua dulce, caribúes y renos, cada uno bajo la autoridad de un solo anciano masculino. La propiedad se marcaba posesivamente y los patriarcas ejercían un poder coercitivo, a veces incluso tiránico, sobre sus parientes. Pero en los largos meses de invierno, cuando las focas y las morsas acudieron en masa a la costa ártica, otra estructura social se hizo cargo por completo cuando los *inuit* se reunieron para construir grandes casas comunitarias, de madera, costilla de ballena y piedra. En ellos prevalecieron las virtudes de la igualdad, el altruismo y la vida colectiva; la riqueza fue compartida; maridos y mujeres intercambiaban parejas bajo la égida de Sedna, la diosa de las focas.

Otro ejemplo fueron los cazadores-recolectores indígenas de la costa noroeste de Canadá, para quienes el invierno, no el verano, fue el momento en que la sociedad cristalizó en su forma más desigual, y de manera espectacular. Los palacios construidos con tablones cobraron vida a lo largo de las costas de la Columbia Británica, con nobles hereditarios que cortejaban a plebeyos y esclavos, y organizaban los grandes banquetes conocidos como *potlatch*. Sin embargo, estas cortes aristocráticas se separaron para el trabajo de verano de la temporada de pesca, volviendo a formaciones de clanes más pequeñas, todavía clasificadas, pero con una estructura

completamente diferente y menos formal. En este caso, las personas adoptaron diferentes nombres en verano e invierno, convirtiéndose literalmente en otra persona, según la época del año.

Quizás lo más sorprendente, en términos de reversiones políticas, fueron las prácticas estacionales del siglo XIX ·confederaciones tribales del siglo pasado en las Grandes Llanuras americanas, en algún momento, o agricultores de una sola vez que habían adoptado una vida de caza nómada. A fines del verano, bandas pequeñas y muy móviles de Cheyenne y Lakota se congregaban en grandes asentamientos para hacer los preparativos logísticos para la caza del búfalo. En esta época tan delicada del año designaron una fuerza policial que ejercía plenos poderes coercitivos, incluido el derecho a encarcelar, azotar o multar a cualquier infractor que pusiera en peligro el proceso. Sin embargo, como observó el antropólogo Robert Lowie, este "autoritarismo inequívoco" operaba sobre una base estrictamente estacional y temporal, dando paso a formas de organización más "anárquicas" una vez que se completaba la temporada de caza y los rituales colectivos que la seguían.

La beca no siempre avanza. A veces se desliza hacia atrás. Hace cien años, la mayoría de los antropólogos entendieron que aquellos que viven principalmente de recursos silvestres no estaban, normalmente, restringidos a pequeñas 'bandas'. Esa idea es realmente un producto de la década de 1.960, cuando los bosquimanos del Kalahari y los pigmeos *mbuti* se convirtieron en la imagen preferida de la humanidad primordial tanto para las audiencias de televisión como para los investigadores. Como resultado, hemos visto un retorno de las etapas evolutivas, en realidad no tan diferentes de la tradición de la Ilustración escocesa:

ésto es lo que Fukuyama, por ejemplo, se está inspirando cuando escribe sobre la sociedad evolucionando constantemente de 'bandas' a 'tribus' a 'jefaturas', y finalmente, el tipo de 'estados' complejos y estratificados en los que vivimos hoy, generalmente definidos por su monopolio del "uso legítimo de la fuerza coercitiva". Por esta lógica, sin embargo, los Cheyenne o Lakota habrían tenido que estar 'evolucionando' de bandas directamente a los estados aproximadamente cada noviembre, y luego 'reinvolucionar' nuevamente en la primavera. La mayoría de los antropólogos ahora reconocen que estas categorías son irremediabilmente inadecuadas, pero nadie ha propuesto una forma alternativa de pensar sobre la historia mundial en los términos más amplios.

De manera bastante independiente, la evidencia arqueológica sugiere que en los ambientes altamente estacionales de la última Edad de Hielo, nuestros ancestros remotos se comportaban de manera muy similar: alternando entre arreglos sociales alternativos, permitiendo el surgimiento de estructuras autoritarias durante ciertas épocas del año, en la condición de que no pudieran durar; en el entendimiento de que ningún orden social particular fue jamás fijo o inmutable. Dentro de la misma población, uno podría vivir a veces en lo que parece, desde la distancia, como una banda, a veces una tribu y, a veces, una sociedad con muchas de las características que ahora identificamos con los Estados. Con tal flexibilidad institucional viene la capacidad de salir de los límites de cualquier estructura social dada y reflexionar; para hacer y deshacer los mundos políticos en los que vivimos. Si nada más, esto explica los 'príncipes' y 'princesas' de la última Edad de Hielo, que parecen aparecer, en un aislamiento tan magnífico, como personajes de algún tipo de cuento de hadas o drama de disfraces. Tal vez eran casi literalmente así. Si

reinaron, tal vez fue, como los reyes y reinas de Stonehenge, solo por una temporada.

5. Hora de repensar

Los autores modernos tienden a utilizar la prehistoria como lienzo para resolver problemas filosóficos: ¿los humanos son fundamentalmente buenos o malos, cooperativos o competitivos, igualitarios o jerárquicos? Como resultado, también tienden a escribir como si durante el 95% de la historia de nuestra especie, las sociedades humanas fueran todas muy parecidas. Pero incluso 40.000 años es un período de tiempo muy, muy largo. Parece intrínsecamente probable, y la evidencia lo confirma, que esos mismos humanos pioneros que colonizaron gran parte del planeta también experimentaron con una enorme variedad de arreglos sociales. Como señaló a menudo Claude Lévi-Strauss, los primeros *Homo sapiens* no solo eran físicamente iguales a los humanos modernos, también eran nuestros pares intelectuales. De hecho, la mayoría probablemente eran más conscientes del potencial de la sociedad que la gente en general de hoy en día, cambiando entre diferentes formas de organización cada año. En lugar de holgazanear en alguna inocencia primordial, hasta que el genio de la desigualdad fuera descorchado de alguna manera, nuestros ancestros prehistóricos parecen haber abierto y cerrado con éxito la botella de forma regular, confinando la desigualdad a dramas de disfraces rituales, construyendo dioses y reinos como lo hicieron con sus monumentos, luego desmontándolos alegremente una vez más.

Si es así, entonces la verdadera pregunta no es “¿cuáles son los orígenes de la desigualdad social?”, sino que, habiendo vivido gran parte de nuestra historia yendo y viniendo entre diferentes sistemas

políticos, “¿cómo es que nos quedamos tan atascados?”. Todo esto está muy lejos de la noción de sociedades prehistóricas que derivan ciegamente hacia las cadenas institucionales que las atan. También está lejos de las tristes profecías de Fukuyama, Diamond, Morris y Scheidel, donde cualquier forma 'compleja' de organización social necesaria significa que pequeñas élites se hacen cargo de los recursos clave y comienzan a pisotear a todos los demás. La mayoría de las ciencias sociales tratan estos sombríos pronósticos como verdades evidentes. Pero claramente, son infundados. Entonces, podríamos preguntar razonablemente, ¿qué otras verdadespreciadas deben arrojarse ahora al montón de polvo de la historia?

Un buen número, en realidad. Allá por los años 70, el brillante arqueólogo de Cambridge, David Clarke, predijo que con la investigación moderna, casi todos los aspectos del viejo edificio de la evolución humana, "las explicaciones del desarrollo del hombre moderno, la domesticación, la metalurgia, la urbanización y la civilización, pueden en perspectiva emerger como trampas semánticas y espejismos metafísicos". Parece que tenía razón. La información ahora está llegando de todos los rincones del mundo, basada en un cuidadoso trabajo de campo empírico, técnicas avanzadas de reconstrucción climática, datación cronométrica y análisis científicos de restos orgánicos. Los investigadores están examinando material etnográfico e histórico bajo una nueva luz. Y casi toda esta nueva investigación va en contra de la narrativa familiar de la historia mundial. Aún, los descubrimientos más notables quedan confinados al trabajo de los especialistas, o tienen que ser desentrañados leyendo entre líneas las publicaciones científicas. Concluamos, entonces, con algunos titulares propios:

solo un puñado, para dar una idea de cómo comienza a ser la nueva historia mundial emergente.

La primera bomba de nuestra lista se refiere a los orígenes y la difusión de la agricultura. ***Ya no hay ningún apoyo para la opinión de que (la agricultura) marcó una transición importante en las sociedades humanas.*** En aquellas partes del mundo donde los animales y las plantas fueron domesticados por primera vez, en realidad no hubo un 'cambio' perceptible de Recolector Paleolítico a Agricultor Neolítico. La 'transición' de vivir principalmente de recursos silvestres a una vida basada en la producción de alimentos típicamente tomó alrededor de tres mil años. Si bien la agricultura permitía la *posibilidad* de concentraciones más desiguales de la riqueza, en la mayoría de los casos esto solo comenzó a suceder milenios después de su creación. En el tiempo intermedio, la gente en áreas tan lejanas como la Amazonía y el Creciente Fértil del Medio Oriente, intentaban cultivar por tamaño, 'jugar a la agricultura' si lo prefieren, cambiando anualmente entre modos de producción, al igual que cambiaban sus estructuras sociales, de ida y vuelta. Además, la 'extensión de la agricultura' a áreas secundarias, como Europa, tan a menudo descrita en términos triunfalistas, como el comienzo de una inevitable disminución de la caza y la recolección, resultó ser un proceso muy tenue, que a veces fracasó, lo que llevó a al colapso demográfico para los agricultores, no para los recolectores.

Claramente, ya no tiene sentido usar frases como “la revolución agrícola” cuando se trata de procesos de una duración y complejidad tan desmesuradas. Como no existió un *estado edénico*, desde el cual los primeros agricultores pudieran dar sus primeros pasos en el

camino de la desigualdad, tiene aún menos sentido hablar de la agricultura como el origen del rango o de la propiedad privada. En todo caso, es entre esas poblaciones, los pueblos del 'Mesolítico', que rechazaron la agricultura durante los siglos cálidos del Holoceno temprano, donde encontramos que la estratificación se vuelve más arraigada; al menos, si el entierro opulento, la guerra depredadora y los edificios monumentales son algo por lo que pasar. Al menos en algunos casos, como en el Medio Oriente, los primeros agricultores parecen haber desarrollado conscientemente formas alternativas de comunidad, seguir su estilo de vida más intensivo en mano de obra. Estas sociedades neolíticas parecen sorprendentemente igualitarias en comparación con sus vecinos cazadores-recolectores, con un aumento dramático en la importancia económica y social de las mujeres, claramente reflejado en su arte y vida ritual (compárense aquí las figurillas femeninas de Jericó o Çatalhöyük con las hiper-esculturas masculinas de Göbekli Tepe).

Otro bombazo: ***“la civilización no viene en un paquete”***. Las primeras ciudades del mundo no surgieron simplemente en un puñado de lugares, junto con sistemas de gobierno centralizado y control burocrático. En China, por ejemplo, ahora sabemos que hacia el 2.500 a. C., existían asentamientos de 300 hectáreas o más en los tramos inferiores del río Amarillo, más de mil años antes de la fundación de la primera dinastía real (Shang). Al otro lado del Pacífico, y aproximadamente al mismo tiempo, se han descubierto centros ceremoniales de sorprendente magnitud en el valle del río Supe en Perú, especialmente en el sitio de Caral: restos enigmáticos de plazas hundidas y plataformas monumentales, cuatro milenios más antiguas que el Imperio Inca. Tales descubrimientos recientes indican cuán poco se sabe realmente sobre la distribución y el origen

de las primeras ciudades, y cuánto más antiguas pueden ser estas ciudades que los sistemas de gobierno autoritario y administración letrada que alguna vez se supuso necesarios para su fundación. Y en las zonas más consolidadas del corazón de la urbanización (Mesopotamia, el valle del Indo, la cuenca de México) cada vez hay más pruebas de que las primeras ciudades se organizaron sobre líneas conscientemente igualitarias, y los consejos municipales conservaron una significativa autonomía del gobierno central. En los dos primeros casos, las ciudades con infraestructuras cívicas sofisticadas florecieron durante más de medio milenio sin rastro de entierros o monumentos reales, sin ejércitos permanentes u otros medios de coerción a gran escala, ni ningún indicio de control burocrático directo sobre la vida de la mayoría de los ciudadanos.

A pesar de Jared Diamond, no hay absolutamente ninguna evidencia de que las estructuras de gobierno de arriba hacia abajo sean la consecuencia necesaria de la organización a gran escala. A pesar de Walter Scheidel, simplemente no es cierto que las clases dominantes, una vez establecidas, no puedan ser eliminadas excepto por una catástrofe general. Para tomar sólo un ejemplo bien documentado: alrededor del año 200 dC, la ciudad de Teotihuacan en el Valle de México, con una población de 120.000 habitantes (una de las más grandes del mundo en ese momento), parece haber sufrido una profunda transformación, convirtiéndose a los templos-piramidales y los sacrificios humanos, y reconstruyéndose como una vasta colección de cómodas villas, todas casi exactamente del mismo tamaño. Permaneció así durante quizás 400 años. Incluso en la época de Cortés, el centro de México todavía albergaba ciudades como Tlaxcala.

Todas las piezas están ahí para crear una historia mundial completamente diferente. En su mayor parte, estamos demasiado cegados por nuestros prejuicios para ver las implicaciones. Por ejemplo, hoy en día casi todo el mundo insiste en que la democracia participativa, o la igualdad social, puede funcionar en una pequeña comunidad o grupo de activistas, pero no puede "escalarsse" a algo como una ciudad, una región o un estado-nación. Pero la evidencia ante nuestros ojos, si elegimos mirarla, sugiere lo contrario. Las ciudades igualitarias, incluso las confederaciones regionales, son históricamente bastante comunes. Las familias y los hogares igualitarios no lo son. Una vez que se emita el veredicto histórico, veremos que la pérdida más dolorosa de las libertades humanas comenzó a pequeña escala: el nivel de relaciones de género, grupos de edad, y la servidumbre doméstica, el tipo de relaciones que contienen a la vez la mayor intimidad y las formas más profundas de violencia estructural. Si realmente queremos entender cómo se volvió aceptable por primera vez que algunos convirtieran la riqueza en poder, y que a otros se les dijera que sus necesidades y sus vidas no cuentan, es aquí donde debemos mirar. Aquí también, predecimos, es donde tendrá que llevarse a cabo el trabajo más difícil de crear una sociedad libre.

Observación: traducción automática revisada y editada por

